

Pájaros cautivos de Nogoyá

Marina Zeising

Martina se había separado hace poco tiempo y los fines de semana se le hacían largos. Por sugerencia de una amiga, se sumó a un grupo de avistajes de aves de Paraná. Durante un año aprendió a distinguir la variedad de aves de Entre Ríos.

Un fin de semana decidió ir a Nogoyá a fotografiar algunas aves cerca de El Pueblito. Atravesando rutas de campos verdes, se detuvo junto a un antiguo puente y descendió del auto a impregnarse del cautivante paisaje de pequeños arroyos sinuosos que como venas conforman un solo corpus natural.

Algo desilusionada, no vio aquellas aves que le habían mencionado, entonces sacó el mate y pensó: “Hay que saber esperar”. Minutos después una familia de cardenales rojos se apoyó sobre un viejo tronco. Martina se deshizo rápidamente del mate y tomó su cámara. Comenzó a fotografiar a la pareja de cardenales junto con sus pichones. Sacó una gran cantidad de fotos. Las aves, sin temor, le regalaban su confianza, como si supieran de su belleza en una alquimia en la que el lente hacía de puente entre las aves y Martina, todos en comunión como parte de ese ecosistema equilibrado. Su piar sonorizaba la leve brisa que permitía refrescar la agitación de Martina. Todo era perfecto.

Los pájaros continuaron volando por el área. Pero ya su lente no podía captar semejante distancia focal, por lo que consideró que ya tenía suficiente material y siguió caminando en busca de nuevas aves.

Subió a su auto y, mientras se ponía el cinturón de seguridad, complacida de la celebración visual vivida, observó por el retrovisor que se acercaba una vieja furgoneta con un hombre adentro. A Martina le pareció extraña esa aparición. Por temor a un posible robo, dado que no había viviendas cerca en la zona, arrancó el auto y se alejó lentamente sin dejar de observar los movimientos de la camioneta que se frenó en el mismo lugar que ella, junto al puente.

Manejó hasta la curva y se detuvo detrás de un frondoso arbusto que tapaba la vista al hombre de la camioneta que bajó jaulas y con una red gigante se acercó al tronco seco, donde aún permanecían los cardenales, y, como un felino salvaje, los atrapó. Martina podía ver la sonrisa sarcástica del hombre,

como quien ha cazado su presa y pretende adueñársela como un objeto personal.

Fotografió la camioneta, su cámara logró captar la patente. El hombre lanzó unas semillas y migas de pan que atraían aun más a las aves que ingenuas confiaban en él. Unos loros y otras aves de diferentes especies cayeron en la trampa del cazador furtivo. Martina fotografió cada uno de sus movimientos. No sabía si enfrentarlo, dado que temía que estuviera armado. El hombre, satisfecho con su gesta violenta, subió a su camioneta las jaulas de los pájaros que piaban desesperados pidiendo libertad. Martina subió al auto y pasó a su lado a toda velocidad con el propósito de levantar el ripio y que golpeará contra la chapa de su camioneta. El hombre la bastardeó en su condición de mujer.

Eso terminó de incentivar a Martina a regresar al hotel, bajar las fotos y copiarlas en un pendrive. Buscó en internet el nombre del titular de la camioneta y tomó nota. Con esa información se dirigió a la comisaría a denunciar el robo de aves. Ella detestaba la policía y por momentos se sentía una buchona, pero consideró que los animales no tenían como defenderse de la crueldad del ser humano que usa de mercancía a los animales. La policía empleó su rutina habitual y Martina regresó a su casa a dormir con el deseo de venganza a flor de piel. Esa noche tuvo pesadillas, ese hombre chocaba y quedaba muerto solo durante días en medio del campo, mientras los pájaros desahuciados se comían entre sí producto de la hambruna.

Martina se despertó transpirada, un ruido continuo en su ventana la llamaba. Era un cardenal que picaba el marco de madera. Martina sonrió y se acercó a tocar el vidrio saludándolo. El ave echó a volar libre y luego descendió a la tierra a comerse una lombriz. Martina suspiró aliviada.

El celular la interrumpió. Martina atendió, era la policía para informarle que habían encontrado al hombre de la camioneta muerto en el fondo de su casa comido por los pájaros cautivos.